

**LOS
AMANTES
QUE
NUNCA
TUVE**

Manuela Maciá

Platero
COOLBOOKS 

Título: Los amantes que nunca tuve

Primera edición: abril, 2025

© 2025, del texto Manuela Maciá.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 679-2025

ISBN: 978-84-10062-98-6

*Tal vez no lo consiga nunca,
pero lo seguiré intentando.*

*Alcanzar el vértice de la plenitud
cada día es un reto tentador para
zarandear la exaltación del instante.*

*A la vida, porque de ella aprendí
todo lo que soy.*

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	9
LAS MALETAS.....	15
CAPÍTULO 2	19
PARÍS, MI SEGUNDO VIAJE.....	23
CAPÍTULO 3	29
UN ANTES Y UN DESPUÉS DE PARÍS	37
CAPÍTULO 4	43
NO TODO ES COMO UNO DESEA.....	49
CAPÍTULO 5	55
LOS PRIMEROS COMPASES DE MI NUEVO DESTINO	61
CAPÍTULO 6	65
EN LA UNIVERSIDAD DE BELLAS ARTES.....	73
CAPÍTULO 7	79
EN LA UNIVERSIDAD	83
CAPÍTULO 8	87
EL RETRATO DE MI MADRE	93
CAPÍTULO 9	99
EL PRIMER PARAGUAS	105
CAPÍTULO 10.....	113
FLORENCIA	123
CAPÍTULO 11.....	131
REGRESO DE FLORENCIA	137
CAPÍTULO 12.....	143

MI VIDA EN FLORENCIA	149
CAPÍTULO 13.....	155
VOLVER A PARÍS.....	163
CAPÍTULO 14.....	167
UN NUEVO DESTINO: LONDRES	173
CAPÍTULO 15.....	179
NUEVA YORK 1	185
CAPÍTULO 16.....	189
NUEVA YORK 2	197
CAPÍTULO 17.....	205
NUEVA YORK 3	211
CAPÍTULO 18.....	219
NUEVA YORK 4	223
CAPÍTULO 19.....	227
ADIÓS, MAMÁ.....	231
CAPÍTULO 20.....	233
CAPÍTULO 21	241
CAPÍTULO 22.....	249
CAPÍTULO 23.....	255
CAPÍTULO 24.....	259
CAPÍTULO 25.....	267
CAPÍTULO 26.....	277
CAPÍTULO 27.....	285
CAPÍTULO 28.....	291
CAPÍTULO 29.....	299
CAPÍTULO 30.....	307
CAPÍTULO 31	313
CAPÍTULO 32.....	319
CAPÍTULO 33.....	329

CAPÍTULO 1

—Señora Beatriz Aranda, bienvenida.

Carlos Ruiz, el director del hotel, me recibió frente al mostrador de recepción. Sin excesivos preámbulos cogió una tarjeta y subimos, en uno de los ascensores, hasta el tercer piso. Él iba unos pasos por delante y yo le seguía algo cansada, las piernas me pesaban. Ya dentro de la habitación se esforzó por resaltar cada detalle que él consideraba importante. Yo le escuchaba indolente. Pero cuando salimos al balcón todo cambió. El sol acarició mi rostro, el mar estaba sereno. En ese instante supe que, pasara lo que pasara, había elegido el lugar adecuado... Estaba encallada después del naufragio.

—Me gusta —le dije.

—Aún debo mostrarle el resto de las instalaciones.

—No necesito ver más. Algunas cosas sería posible cambiarlas, esto no. —Y señalé el mar que estaba allí, como ahora, mirándonos—. Lo imprescindible para mí es asomarme al balcón y ver un paisaje como este —remarqué.

Me miró sonriente y observé que el rictus de su cara parecía más relajado. Con la mano derecha, a modo de visera, se protegía los ojos del sol. Yo llevaba unas gafas de cristales muy oscuros. Calculé que quizás tuviese menos de cincuenta años. No es muy alto, su cuerpo está bien cuidado y su traje, de director, siempre luce impoluto. Me apoyé en la barandilla y contemplé el extenso mar. Un mar sosegado, con infinitos destellos plateados que pasó a formar parte de mi paisaje cotidiano.

Si he de ser sincera, y debo serlo, pues de lo contrario volvería, absurdamente, a aquellos largos días de entonces en los que no fui capaz de ser condescendiente ni conmigo, confesaré que tuve que hacer un gran esfuerzo por ser amable, consciente de que él no tenía la culpa de que yo acarreará ese pesado lastre del que no podía ni sabía cómo desprenderme.

Resignada le seguí por salones, cafeterías, comedores, saloncitos..., mientras daba toda clase de explicaciones que yo apenas escuché. Cuando llegamos a la amplia terraza, por suerte vacía, de nuevo el espectáculo del

paisaje atrapó toda mi atención. Allí la panorámica del mar se extiende, las dos playas que hay a cada lado del hotel se ven casi al completo, así como los jardines y la piscina. El hotel está construido sobre un acantilado, en un lugar verdaderamente privilegiado. Era la hora de la siesta, todo estaba envuelto de tranquilidad y silencio.

—¿Qué le parece? —El director me miró como alguien que espera le des las gracias después de haberte hecho un regalo—. Es un lugar único, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, no me apetecía hablar demasiado y él lo notó. Ahora, lamento mi actitud cortante. Estaba encerrada dentro de un círculo de negación absoluta, repleto de contradicciones, no siempre justificables.

—Si me deja las llaves del coche, en unos minutos tendrá las maletas en su habitación.

Las busqué dentro del bolso y se las di.

—Gracias. Yo me quedaré aquí un rato.

—Si desea tomar algo, le mando a un camarero.

—No, en estos momentos no me apetece nada, gracias.

Al fin quedé sola. Me senté bajo una amplia sombrilla. Estaba cansada, había conducido más de cuatro horas desde Madrid, necesitaba canalizar mis pensamientos. Respiré profundamente y me alenté, con todas mis fuerzas, a que este fuese el escenario para conseguir reencontrarme con la mujer que fui. En un primer plano de este paisaje está el jardín, del que había disculpado al director que me mostrara, ya lo vería yo por mi cuenta. Desde mi asiento podía contemplar palmeras, ficus, un sauce llorón, variados arbustos... El sol declinaba lentamente y dibujaba sombras caprichosas. Cerré los ojos agradecida por aquel cosquilleo de paz que burbujeaba a mi alrededor.

Recuerdo que volví a la realidad de mi entorno como si despertara de una hipnotización, la mayoría de las mesas, antes vacías, estaban ocupadas por gente cuyas voces me llegaban distorsionadas. Aquí están mis vecinos, esas almas con las que voy a compartir una nueva vida, personas a las que tendré que conocer... Aquel pensamiento me zarandeó, mi estado de ánimo era tan vulnerable. Tomé impulso y me levanté. Escapé con la mirada puesta al frente, sin saludar a nadie, protegida tras las gafas oscuras. Había llegado el momento de deshacer las maletas.

¿Qué vieron, los que me miraron, mientras me alejaba? ¿Una mujer que se acerca a los sesenta años, que tal vez no los aparenta, con un cuerpo bien formado, ahora demasiado delgado, de estatura media, pelo castaño claro con reflejos caoba y melena corta...? Mis ojos, según me han dicho y he comprobado ante el espejo, son negros, grandes, de mirada profunda. Nadie los pudo ver. ¿De haberlo hecho hubiesen descubierto que estaban marcados por

las sombras de una mujer suicida?

Dentro del ascensor di un manotazo al aire para ahuyentar las intromisiones negativas. ¡Ya no, ya no tienes que huir! Caminé por el pasillo solitario apoyada en un simbólico bastón de firmeza que no conseguía evitarme tropiezos. En la habitación 317 me esperaban las maletas repletas de ropa, algunos efectos personales, pocos, y dentro de mí la sensación de que quizás no las tendría que volver a llenar nunca más.

Media hora más tarde, el timbre del teléfono que había sobre la mesilla de noche me sobresaltó y, por unos segundos, lo miré extrañada, sin saber qué hacer.

—¿Diga? —Descolgué.

—Soy el director... Perdona que la moleste, quería preguntarle si le apetece conocer a alguno de los huéspedes antes de la cena. Podría acompañarla y hacer una pequeña presentación y así...

—Es usted muy amable —le interrumpí—, me gustaría ser yo la que elija ese momento.

—Lo comprendo..., era una sugerencia.

—Y se lo agradezco... Mire, cuando decidí venir a este lugar lo hice por dos razones: una, por su situación geográfica, y otra, no menos importante, por las condiciones de estancia. Ambos sabemos que este es un hotel de cuatro estrellas, donde personas adultas, que se lo pueden permitir, vienen a vivir y disfrutar de ciertas comodidades y liberarse de muchas obligaciones.

—Está en su derecho de...

—Le aseguro que valoro su amabilidad —le interrumpí de nuevo sin intención de ser brusca. Lo soy—, es su trabajo y debe procurar que me sienta lo más cómoda posible. Por ello le voy a pedir un favor.

—Por supuesto.

—Permítame que sea yo quien le pida lo que quiero. Puede estar seguro de que no le tendré en cuenta el que no se ofrezca para facilitarme las cosas.

El silencio me llegó tenso.

—Perdóneme si la he molestado...

—¡En absoluto! Sin duda soy yo la que es demasiado tajante e inflexible, pero es mejor que, desde un principio, sea sincera con usted. Los protocolos innecesarios me molestan.

Después de colgar me maldije, acababa de comportarme como una auténtica majadera, con aires de señora exigente. Aunque pronto me convencí de que mejor dejar las cosas sentadas desde un principio. No estaba allí para ser condescendiente con nadie, y sí conmigo.

Resignada, continué con las maletas y fui de un lado a otro de la

habitación eligiendo el lugar adecuado para cada cosa. Es muy espaciosa, cómoda. La primera puerta a la derecha da paso al baño, a la izquierda el armario empotrado. La cama está cubierta con una colcha estampada en tonos pastel, a ambos lados dos mesillas de noche, con sus correspondientes lamparillas. Al frente una cómoda con cuatro cajones, sobre ella, cosido a la pared, el televisor de dimensiones considerables. A la izquierda un espejo que nace desde el rodapié y llega casi al techo, a su lado una estantería. Junto al gran ventanal, en el rincón, una mesa redonda con una silla, en el otro lado un sofá de dos plazas, tapizado de verde pistacho. El suelo es de mármol vetado. En el balcón una mesa y dos sillas.

Cuando vaciaba una maleta o colgaba varias prendas de ropa, me tomaba un pequeño descanso y salía al balcón a respirar el aire del atardecer. Este paisaje consiguió que no diera un paso atrás y saliera corriendo, tenía miedo a perder el control, a pisar en falso. Cogí una bolsa y entré en el baño: inodoro, bidé, dos armarios alargados a ambos lados del enorme espejo, un mueble sosteniendo el lavabo con una holgada bancada, ducha de plato rectangular, salvaguardada por una mampara de cristal, y una pequeña banqueta.

Distribuí todos los productos de aseo y cosmética que había traído y los contemplé con una sonrisa irónica. Hacía tiempo que sabía que ninguno de ellos haría desaparecer las arrugas, cada vez más evidentes, que se multiplicaban al son de un reloj inexorable que nunca se detiene, puedo asegurar que en esos momentos todo eso me importaba nada.

Al salir del baño observé que ya era completamente de noche. Miré la cuarta maleta, mucho más pequeña. No la abrí. Seguía sin responderme por qué, en el último minuto, la llené y la metí en el coche. Escudriñé en las profundidades del armario y encontré un hueco junto a la caja fuerte donde conseguí ubicarla. Miré a mi alrededor y me pareció que todo estaba dentro de un armonioso orden, solo quedaba una bolsa en la que había algunos libros, un par de libretas y bolígrafos... El pequeño ordenador portátil ya estaba sobre la mesa redonda, ese iba a ser su sitio. El director me había informado de que el hotel disponía de un almacén donde guardaban las maletas vacías, no me apetecía ver a nadie y decidí que pediría que se las llevaran al día siguiente.

Salí de nuevo al balcón y me senté. La noche oscura, revoloteaban las sombras y yo convertida en una de ellas. Cualquiera que me hubiese observado no hubiese sido capaz de imaginar las circunstancias que me habían traído hasta aquel lugar, tan lejos de mis anteriores escenarios.

¿Dónde estaba esa otra Beatriz que un día fui? Esa era la pregunta inútil. Sentí un escalofrío, una ráfaga de aire me recordó que el mar estaba muy cerca. Ese mar que jamás se había borrado de mi memoria desde la primera vez

que lo vi. Vas a tener que convencerte de que aquí está la paz, una paz que no te va a ser fácil conquistar, porque antes debes desprenderte de todo ese lastre que llevas zurcido en la piel. La voz de mi conciencia, que aparecía cuando menos la esperaba, volvió a sonar dentro de mi cabeza.

Entré en la habitación. De pronto mi estómago despertó de su letargo y sentí hambre. No había comido nada desde que paré en aquel restaurante de carretera. Llamé al servicio de habitaciones, pedí un sándwich y una botella de agua. No me apetecía, en absoluto, bajar al comedor y mostrarme ante todas esas personas predestinadas a ser mis nuevos compañeros de viaje.

Miré el ordenador. ¿A qué espero? Me pregunté. Debes empezar a poner en marcha tu propósito, el que te ha servido de excusa para llegar hasta aquí. Lo encendí, abrí el programa y conecté el micrófono.

LAS MALETAS

Me llamo Beatriz Aranda, y he venido hasta aquí para contarme, a través de este micrófono, mi vida pasada. No es un capricho ni pretendo hacer de esto una obra literaria. Es una necesidad, una oportunidad que debo darme, para volver a amar la vida. Le he dado muchas vueltas a cómo hacerlo y al final he decidido empezar por el principio, como si me reconstruyera. Quiero encontrar la esencia de lo que fui, reconocirme, quiero profundizar en los recuerdos, darles voz y que estos me devuelvan lo perdido. Y como me he prometido ser sincera, debo decir que no tengo demasiadas esperanzas...

A lo largo de mi vida he llenado y vaciado tantas maletas que hace un rato, cuando las deshacía, me preguntaba si estas serían las últimas. Y todo esto no sé si me asusta o me balanceo en la indiferencia más absoluta.

—No entiendo a quién ha salido esta hija nuestra con esto de querer viajar —dice papá a mamá.

Yo estoy escondida detrás de la puerta, a la espera de que ella lo convenza para que me deje ir con mi amiga Alicia, y sus padres, a la costa mediterránea.

—¡Son cuatro días, Rodolfo!

—Lo dices como si a ti no te importara.

—Claro que me importa, pero sé la ilusión que le hace; nunca ha visto el mar.

—Ya sabes que a mí lo de viajar no me entusiasma demasiado. Con ir una semana al Escorial tengo bastante. Acuérdate de que cuando cumplió los doce años os dije que os fueseis a ver el mar.

—Yo no voy a ninguna parte sin ti, Rodolfo. Solo nos hemos separado cuando tenía que ir a ver a mi padre, y bien lo sabes. Por eso creo que debemos dejar que la niña se vaya con su amiga. Sus padres son muy serios, tú los conoces, estará bien cuidada.

Mamá adora a papá y él la adora a ella. Ninguno toma una decisión trascendente sin consultar con el otro, sin desmenuzar los pros y los contras. Después de un largo debate gana mamá y como consecuencia yo.

Aquel es mi primer viaje sin ellos y estreno mi primera maleta. Las que hay en el desván, que solo se usan una vez al año, y no todos, están muy viejas y mamá considera que yo no puedo ir con una maleta así. Ella me ayuda a prepararla, como siempre hará, yo no dejo de dar saltos de alegría y atiborrarla de besos y abrazos.

Contemplar ahora, desde esta ventana, el mismo Mediterráneo que vi, por primera vez, hace tantos años, me ayuda a avivar la memoria. De Alicia hace mucho tiempo que no sé nada. Tampoco he hecho nada por saber de ella. Es mi mejor amiga de la infancia y la adolescencia, pero nuestros caminos se distanciaron. La vi por última vez en el entierro de mamá. No podemos hablar mucho. Tampoco estoy segura de si deseamos contarnos algo. Siento demasiado dolor como para hablarle de la felicidad que me espera al otro lado del Atlántico. A su pregunta de cómo te va la vida, me limito a responder con palabras convencionales que nunca comprometen a nada y descubren nada. Ella me dice que está a punto de ser abuela y que es una mujer relativamente feliz. Tal vez de no ser el entierro de mi madre, me habría contado qué significa lo relativo en un matrimonio.

El padre de Alicia conduce un coche grande, americano, color burdeos, creo que es un Ford, yo no entiendo de marcas. En el asiento de atrás vamos Alicia, su hermano, unos años mayor, y yo. Alfredo aún no se afeita, sobre su labio superior se aprecia una horrorosa pelusilla negra bien acompañada por algunos granos de acné esparcidos por nariz, mejillas y frente. No dice nada, no ha dicho nada desde que hemos subido al coche. Va con la cabeza pegada al cristal de la ventanilla mirando hacia afuera. Nosotras no paramos de alborotar. Alicia me dice que su hermano no es un chico malo, y sí muy raro. Desde hace unos meses habla poco, se pasa todo el tiempo encerrado en su cuarto supuestamente estudiando, aunque ella sabe que no hace nada, solo mirar demasiado al techo. Lo espía por el ojo de la cerradura.

El padre de Alicia levanta la mano para llamar nuestra atención, señala al frente y dice que esa línea que se ve a lo lejos es la que divide el cielo y el mar. Me quedo sin habla. No sé si decepcionada o sorprendida. No soy capaz de reaccionar hasta que el coche se detiene a menos de cien metros de la orilla. Entonces mi corazón empieza a latir verdaderamente impactado.

Por primera vez recibo del mar su olor, veo su color, la intensidad de su luz, y escucho su rumor, ese ir y venir constante; unas veces espumoso, suave, otras, rugiente y alborotado. Alicia y yo corremos hasta la orilla sin dejar de gritar. Sentir el contacto de la arena bajo mis pies, la caricia del agua en la piel, es un descubrimiento nuevo y excitante.

Sé muy bien que en aquellos momentos no era consciente, hoy sí puedo

afirmar que me quedé atrapada para siempre por el mar. Es curioso, no he vivido demasiado junto al mar y, sin embargo, lo que sentí ese día tiene mucho que ver con que hoy esté aquí, con que haya elegido este lugar para salvarme del caos. Aquellos cuatro días en la playa son los más alegres que vivo, hasta entonces, lejos de mi madre, de mi padre y de mi hermano Carlos. Nunca me había separado de ellos tanto tiempo y tan lejos. Imposible imaginar que ese viaje va a tener consecuencias para el resto de mi vida.

Los padres de Alicia han heredado una casa frente al mar de una tía abuela soltera, a la que acogían cada vez que iba a Madrid. Según me contó Alicia, la tía Esmeralda fue una mujer muy independiente para aquellos tiempos. Un día, sin consultar a nadie, vendió su casa en Madrid y se compró aquella junto al mar. Allí vivió muchos años hasta que una vecina, que iba a verla todos los días, la encontró muerta en su cama a los noventa y cinco. Esta historia, entonces, me pareció triste, ahora ya no la considero así porque veo con claridad que la tía de Alicia eligió, con absoluta libertad, cómo vivir.

Esos cuatro días prácticamente los pasamos pegadas al mar, entrando y saliendo del agua, revolcándonos en la arena... Aparecemos por la casa para comer. La madre de Alicia no se cansa de decirnos que no estemos tanto tiempo bajo el sol o dentro del agua, pues acabaremos arrugadas como pasas y rojas como cangrejos. Apenas hay bañistas y menos a últimos de agosto. La casa está muy cerca del barrio de pescadores y al atardecer vamos a esperar a las barcas que llegan con el pescado. La madre de Alicia compra pescado y a mí, no sé por qué, me da mucha pena comerlo al pensar que unas horas antes estaban vivos.

El hermano de Alicia nos habla poco. Y no es que esté enfadado. Mi amiga insiste en que es así de raro. Nunca se baña con nosotras en el mismo espacio de playa. Hoy es el último día, mañana nos vamos. Lo vemos llegar con un amigo. Viene a buscar un balón para jugar al fútbol. El chico no tiene pelusilla en el bigote, ni granos en la cara, es muy simpático, se llama Juan y nos invita a jugar con ellos. Al hermano de Alicia no le hace gracia, pero tiene que aguantarse. Juan es guapo, ingenioso y ríe con nosotras por cualquier cosa. Jugamos al balón, corremos por la playa, nos bañamos... y yo me enamoro por primera vez.

CAPÍTULO 2

A la mañana siguiente de aquel primer día, desperté cuando los primeros rayos de luz entraron por la ventana, no había corrido las cortinas. La noche anterior, después de grabar el primer capítulo, no sé si debería llamarlo así, me costó dormirme. Al final tuve que recurrir a un somnífero. Me cubrí con un amplio pañuelo y me asomé al balcón.

El rojo candente, sobre la línea del mar, me mantuvo en un estado de contemplación placentero hasta que el gran disco de fuego se convirtió en oro y su calor acarició mi brazo desnudo. Qué opuestas son las percepciones según el tramo de la vida que estés viviendo. La belleza se siente y se percibe de otra manera si estás feliz, si dentro de ti nada te perturba... ¿Y ahora qué? Esa fue la pregunta que me hice. Una delgada sensación de vacío, siempre el vacío, intentó colarse por las rendijas de mi ánimo. Por suerte las trincheras y los muros de contención estaban dispuestos. Había preparado un manual de instrucciones al que recurrir en caso de que se avivara el fuego: no alimentar la hoguera, echar un cubo de agua y pasar a la acción.

Me quité el pijama y entré en la ducha. El agua caliente, al resbalar por mi cuerpo, me reconfortó y la dejé correr unos minutos. Ante el espejo me negué a valorar la textura de mi piel, las curvas cada vez más inexactas de mi cuerpo, ese rictus de mi cara marcado por las incipientes arrugas, esa mirada herida hospedada en mis ojos de la que no sabía cómo liberarme... El ritual después de la ducha a veces es placentero y otras mecánico y aburrido: cremas, desodorante, secado de pelo y luego, ante el armario, elegir el vestuario. Me puse un pantalón de deporte y una camiseta.

A las ocho de la mañana los pasillos estaban desiertos, apenas se escuchaba alguna voz difuminada que nunca se sabe de dónde viene. Bajé por la escalera los tres pisos y crucé por delante de recepción sin detenerme, con la mirada puesta al frente. A pesar de haber seguido al director por todo el

hotel, no recordaba con exactitud por dónde se accedía a los jardines. Salí por la puerta principal, giré a la derecha, bajé unos cuantos escalones y, como había deducido, allí empezaba el sendero. Pequeños charcos de agua delataban que lo habían regado de buena mañana. Los olores a tierra mojada y a mar competían por prevalecer uno sobre el otro, respiré agradecida y disfruté de ambos. Llegué a una zona más amplia donde está la piscina. En el agua, limpia y trasparente, vi reflejada mi sombra. La rodeé y seguí hasta la parte más extrema del acantilado. Me apoyé en la barandilla. Allí es como estar en la popa de un barco... El sol y una ligera brisa acariciaron mi cara. Olores, sabor a mar, sonidos acompañados... Las olas rompían sobre las rocas, las cubrían de espuma blanca una y otra vez como el estribillo de una canción. Me entregué a ese instante como quien entra en un templo a orar.

Por primera vez bajé aquellos escalones con cuidado, son empinados y estrechos. La puerta que da acceso a la playa tiene un código y había tomado la precaución de memorizarlo. La playa de piedras y arena no es muy grande, unos ciento ochenta y cinco pasos, los he contado tantas veces.

Caminé despacio, pisaba la arena, las piedras, y hacía piruetas de equilibrio para evitar que el agua mojara mis deportivos. El aire fresco de la mañana me regaló reconfortantes sensaciones y un optimismo sensato a no esperar nada. Un par de gaviotas planearon sobre mi cabeza. Una ráfaga de viento frío me advirtió de que debía haber cogido una rebeca... Miré el reloj, las nueve y diez minutos. Supe que había llegado el momento de dar el siguiente paso. Subí los escalones y a mitad de ellos tuve que detenerme unos minutos hasta apaciguar los latidos de mi corazón. Llevaba mucho tiempo sin hacer el más mínimo ejercicio.

Estaba nerviosa, me inquietaba tener que enfrentarme a las miradas de todos aquellos que estuviesen desayunando en el comedor. Ante estas reacciones absurdas no me reconocía y sí me confirmaba que la Beatriz que fui en otros tiempos seguía extraviada.

Me recibió un agradable olor a pan tostado, a café, y un murmullo orquestado de voces. El excelente bufé, expuesto en varias mesas, puso en marcha mis jugos gástricos. Sin mirar a nadie llené un vaso con zumo de naranja y ocupé una mesa que había libre junto a un ventanal. Al poco, una camarera se acercó sonriente, me dio los buenos días, y me preguntó qué deseaba beber. Le pedí café con leche. Bebí unos sorbos del zumo y me levanté.

La inseguridad que sentía por dentro la disimulé entre los platos, los cubiertos, el mantel, los alimentos..., como si todos ellos fuesen lo más importante del mundo. Esa voz interior, que pretendía ser fuerte, insistía en que solo yo decidiría cuándo entablar conversación con los demás. La verdad es

que desconfiaba, mis energías estaban al límite, cómo saber si aguantaría allí mucho tiempo. El asfixiante fracaso, la derrota, el desencanto, el orgullo herido, el dolor... todo lo que sentía desde lo ocurrido lo llevaba a cuestras como una penitencia. Mi mundo se había roto y sus pedazos flotaban en una órbita de despropósitos.

Por supuesto que deseaba encontrar una puerta de salida para volver a la luz. Por eso estaba allí. Llevaba mucho tiempo atada a un lastimoso victimismo y resurgir no iba a ser fácil. Conscienciada, sentía sobre mí la daga, el peligro, el temor a volver a recurrir, por segunda vez, a la última opción. ¿Realmente busco la salvación? ¿Para qué? ¿Qué me espera? ¿Significa empezar de cero, reinventarlo todo? La pereza tiraba con brutalidad hacia el lado más oscuro. Estos pensamientos fueron mis peores enemigos de entonces, insistían una y otra vez en abortar mis propósitos de salvación.

Regresé a mi habitación sin cruzar más de tres palabras con la camarera, sin mirar ni saludar a nadie, con la cabeza al frente y la mirada prendida en un infinito inexistente. Cerré la puerta y la desolación cayó sobre mi cabeza como una cascada de agua fría. El tiempo era todo mío, y cuando eso ocurre nunca sabes qué hacer con él. Un oscuro vacío golpeaba las paredes de mi mente, la inutilidad de no ser nada se vertía como un mal presagio.

Salí al balcón, me senté. «Al menos felicítate por haber elegido el mejor lugar», me dije. En mi boca se dibujó una sonrisa que contenía una gran carga de ironía. El entusiasmo de unas horas atrás había caído en un pequeño bache. Pensé en Carlos, mi hermano, en sus incansables esfuerzos por lanzarme salvavidas a los que apenas me había sujetado.

—Me alegra que hayas decidido no vender la casa. Siempre podrás volver —me dijo cuando le comunicó que había cambiado de idea.

—¿No te parece mal?

—De sobra sabes que no. Lo más importante para mí, para todos nosotros, es que tú estés bien.

—Tener que desprendernos de tantas cosas me entristece. Hemos sido tan felices en esta casa.

—A mí me pasa lo mismo.

—Entonces... ¿De acuerdo?

—Totalmente.

—El irme a vivir una temporada cerca del mar me gusta.

Me esforcé en tranquilizarlo, en hacerle creer que estaba mejor... No quiero que mi familia sufra más por mí.

—Eso es lo más importante, hermanita. —Siempre me llama así, a pesar de que soy la mayor.

Del local que tenemos en la calle Preciados, donde tantos años estuvo la tienda de telas, no hay nada que hablar. Está alquilado y su renta supone unos buenos ingresos para ambos.

Carlos es profesor de Geografía e Historia en la Universidad de Sevilla, está felizmente casado y tiene tres hijos.

—He pensado comprar un coche... ¿Qué te parece?

—¡Me gusta esa idea!

—Ya me ayudarás a elegir el modelo. Iré a una autoescuela y tomaré algunas clases, hace mucho tiempo que no conduzco y debo reciclarme, recuperar la confianza. Dile a Alberto que me llame esta noche. Quiero comprar un pequeño ordenador portátil, y como es el informático de la familia...

El sol empezó a calentar demasiado, volví a la habitación y encendí el portátil. Esa era mi única ocupación, ineludible y prioritaria.